

## Primeros Meses

Llegué al Aeropuerto Internacional de Narita, tras un agotador viaje de treinta horas, en la compañía de cuatro chilenos. Cuando nos separamos en el terminal, sentí por primera vez que había salido de mi país para partir al extranjero. Fuera, empezaba lentamente a oscurecerse el cielo nublado de primavera y una brisa soplaba sin mucha fuerza. Hacía calor. Un calor que no me esperaba a principios de abril. De modo que me quité la chaqueta y monté al autobús que me llevaría a la estación de trenes en Tokio. La estación estaba repleta de gente caminando con prisa en todas direcciones. Y yo era una más, dándome vueltas para encontrar la boletería y luego mi andén. Cogí el Shinkansen que hacía el recorrido por Shizuoka con una sensación de vértigo y un poco de nerviosismo, pues ya ansiaba llegar a la ciudad donde había de vivir durante los próximos dos años (ahora tan sólo queda alrededor de un año y medio, ¡y este comienzo se me ha pasado volando!). Sobre los suburbios de la capital había descendido la sombra que sigue al ocaso y las siluetas de los altos edificios se desdibujaban al otro lado de mi ventana. Recuerdo que cerré los ojos involuntariamente y comencé a cabecear, repitiendo una y otra vez, para tratar de ahuyentar el sueño, “no puedo pasarme de la estación, no puedo pasarme de la estación, no puedo pasarme de la estación”. Me quedé dormida, pero logré despertar poco antes de llegar a Shizuoka, como por un milagro, y descendí del tren donde tenía que hacerlo. En la entrada de la estación estaba aguardando, con un trozo de papel que ponía mi nombre en marcador negro entre sus manos, una muchachita de cara redonda y amistosa, dulce pero cansada de tanto esperar. Me había retrasado por lo menos una hora. Su nombre es Tomoyo. Mi profesor guía de investigación le encargó que fuese a buscarme y que durante el primer mes desempeñara el rol de mi tutora. La carita redonda y cansada me dirigió una mirada risueña, como pasando por alto las ganas que tenía de irse a dormir. No era tan tarde, pero vive lejos y aún había mucho por hacer. Cogimos un taxi —no recuerdo mucho del trayecto, ni de nuestra conversación, aunque me parece ahora que duró poco, quizás no más de cinco o diez minutos— y Tomoyo me acompañó hasta mi nuevo hogar, donde dedicó las horas que restaban de aquel día a indicarme los trámites que habíamos de realizar juntas la semana entrante. Luego me dejó para que me metiera a la cama y emprendió el regreso a su casa. Aquella fue mi llegada a Japón. Los días inolvidables estaban a punto de comenzar.

En las situaciones de contacto se suscitan, inevitablemente, una serie de confusiones, malentendidos, equívocos y desencuentros, sobre todo cuando la distancia entre ambas culturas es vasta. La lectura de un mismo acontecimiento queda sujeta a códigos socioculturales, los que, a su vez, varían, se flexibilizan o rigidizan, según sea el caso. Ocurre en ocasiones que las opiniones de un extranjero sufren reveses, acomodándose a alguna u otra noción que se considere la norma en la cultura huésped. Con frecuencia sucede también lo contrario y las discrepancias se perciben con o sin incomodidad, con buen humor, generosidad, suspicacia, temor, intransigencia o desprecio. Cada reacción es distinta. Algunos nativos tratarán al extranjero con calidez. Otros serán impacientes y unos cuantos, curiosos. En mi experiencia durante estos primeros cuatro meses, abundan esta clase de impresiones. Como he mencionado más arriba, vivo en la ciudad de Shizuoka, que es relativamente pequeña y muy tranquila (salvo por las cigarras, que desgarran el aire con sus cantos

a las cinco de la madrugada y no se callan hasta bien entrada la tarde. ¡Gracias a Dios el verano se acerca a su fin!). Me ha resultado sencillo adaptarme a la vida pacífica y provinciana que aquí me esperaba, en gran medida porque he tenido suerte: me alojo en la residencia para estudiantes extranjeros de la Universidad de Shizuoka, donde mis vecinos son jóvenes provenientes de todo el mundo. No me ha faltado nunca una palabra de consuelo o apoyo cuando la he necesitado y es precisamente el contacto constante con otros extranjeros lo que me permite observar aquellos fenómenos asociados a los encuentros culturales que tanto me intrigan. Los extranjeros de distintos países tienen diversas visiones sobre lo que es Japón: su cultura, sociedad e idiosincrasia. Los occidentales, por ejemplo, tienden a compartir tales o cuales opiniones, si bien no faltan las miradas que predominan entre todos los extranjeros, indistintamente de qué parte del globo provengan. En cuanto a mí, he tenido la fortuna de convivir con muchachas de países y culturas muy distintas a la mía: dos chicas de Tailandia, una de Corea y otra de China me tocaron por compañeras de piso. Las cinco somos ya muy amigas y, con toda sinceridad, creo que no podría sentirme más satisfecha. Asimismo, con mi tutora, Tomoyo, cada tanto nos juntamos a tomar un café y a conversar sobre la vida, lo que constituye para mí un gran placer.

Algo que me ha llamado mucho la atención es que los jóvenes extranjeros, por lo general, permanecen desvinculados de los valores sociales nipones —que sin lugar a dudas advierten, pero no adoptan—, gravitando en cambio a grupos que comparten sus visiones personales. Esto, pese a que los esfuerzos de la universidad por acercar y promover el intercambio cultural entre sus estudiantes son bastante exitosos. Una crítica que se le hace comúnmente a los japoneses es que no hablan acerca de temas controvertidos, o en otras palabras, que evitan el conflicto. Desde nuestra perspectiva occidental, esto puede resultar difícil de aceptar y en consecuencia interferir con el proceso individual de adaptación en algunos casos.

Mi investigación se centra precisamente en esta temática, empleando un elemento sociolingüístico propio del japonés (y de algunas otras lenguas asiáticas) como indicador: el *leguaje honorífico*, o *keigo*. En un comienzo, mi principal objetivo había sido determinar, por medio de entrevistas semi-estructuradas, si acaso los hispanohablantes viviendo algún tiempo en Japón son capaces de aprender y llegar a dominar este registro del habla. No obstante, tras diseñar el modelo de entrevista bajo la supervisión de mi profesor guía e implementarla, me percaté de que existe un problema de carácter sociocultural, relativo a las situaciones de contacto, que subyace a la visión que los hispanoparlantes tienen comúnmente del *keigo*: el cómo se enfrentan a algunas normas y valores de la sociedad japonesa. Desde luego, la forma en que se organicen los valores en la cultura de origen juega un rol fundamental en este sentido. A partir de esta reflexión, me he propuesto averiguar qué tan integrados se sienten los extranjeros hispanoparlantes en la sociedad japonesa, en qué medida el lenguaje honorífico representa para ellos una barrera sociolingüística, cómo perciben este fenómeno y qué circunstancias influyen en su conocimiento del mismo.

Se me ha concedido la oportunidad de estudiar de cerca las relaciones interculturales entre hispanohablantes y japoneses y, por ello, me siento profundamente agradecida. Haber recibido esta beca y haber venido a Japón es una de las mejores cosas que me han sucedido. Postular a la beca es una de las mejores decisiones que he tomado. Sin embargo, a quienes deseen vivir esta experiencia de aquí en adelante —y yo se la recomiendo a todo el mundo—, debo advertirles que durante los primeros meses es probable que les sobrevengan un sinnúmero de cambios anímicos. No creo que

pueda ser de otra manera, la verdad. Algunos días predomina la euforia. Otros, la nostalgia. Otros, la frustración y el cansancio están a la cabeza. Otros, una tranquila alegría. A veces, la somnolencia. Mi consejo para los futuros becarios es que acepten estos sentimientos con naturalidad, comprendiendo que no durarán para siempre, pero que quizás permanezcan en su memoria, junto al gran aprendizaje que es este viaje al querido Japón.

Carla Veglia